

UN DÍA DE LUTO PARA LA CULTURA

ÁNGEL AROCA LARA
DIRECTOR

Atrás quedaba la villa ducal de Fernán Núñez recostada sobre su estera de ocres milenarios, calcinada, casi derretida y arrebolada aún por el sol inclemente del último San Pedro, que, vencida la tarde, se alzaba todavía en el horizonte, acaso alardeando de su insultante juventud. Eran cerca de las diez de la noche y se veía grande, rotundo, redondo y rojo, como torta cenceña chamuscada en la calda de las viejas tahonas de mi infancia. Acá y allá, los girasoles de la Campiña inclinaban reverentes la cabeza, como rindiéndole pleitesía, y su aliento sofocante enhebraba las ventanillas del coche, envolviéndome.

Quizá don Juan Gómez Crespo, enemigo perpetuo de la notoriedad, que procuró pasar por este mundo de puntillas, quiso alargar su vida, ya imposible, hasta el solsticio para que la fuerza del sol nuevo le quitara importancia a su muerte. Pero ni siquiera la vehemencia con que nos fustigó despiadado el día del entierro, ni aquel constante reclamar nuestra atención con la inconsciencia absorbente de los niños, pudieron eclipsar el profundo dolor de ver partir definitivamente a don Juan.

En mala hora, porque no hay hora buena para saber que han muerto los que quieres, me llegó la noticia de su muerte ocultando su rostro despiadado detrás del velo negro de la noche. El sol dormía aún y no entibiaba el metal de la guadaña. El frío de hielo de su tajo brutal, experto en cercenar ilusiones y anhelos, me estremeció de pies a cabeza, pues, aunque era cosa anunciada, nunca estuve totalmente dispuesto para aceptar la muerte de don Juan.

Ya en la mañana del día de San Pedro, Córdoba, la serena, la resignada, la imperturbable, se vio también sacudida por tan triste noticia al ver la esquila inserta en las páginas del diario "Córdoba".

La familia, que conocía mejor que nadie a este cordobés insigne, no quiso reflejar en dicha esquila ninguno de sus títulos y distinciones. Ellos saben muy bien que él es ya parte de la historia de esta ciudad y que en su Academia, sus aulas y sus foros culturales resonará siempre el eco de su buen hacer y su saber

estar. Nada podría reportarles más consuelo que esta íntima satisfacción y, por otra parte, al renunciar a cualquier forma de ostentación en este adiós definitivo, no hicieron sino lo que hicieron siempre, plegarse fielmente a la voluntad del esposo y el padre, mantener en la muerte ese mismo muro de cariño y respeto, que preservó a don Juan en vida y le permitió vivir —pienso que feliz— en un mundo idílico que fue feudo exclusivo de la ciencia, la caballería y la elegancia moral.

La vida sigue, no obstante, y hube de atender varios asuntos a primera hora de la mañana. El sol estaba ya en lo alto y agostaba con saña el campus de Rabanales cuando llegué al tanatorio acompañado de algunos académicos. Otro miembro de nuestra corporación, Feliciano Delgado concluía una misa por el alma del difunto. Allí estaba toda la familia serena ante la muerte, con dolor por la pérdida del padre, del esposo, del hermano o del abuelo, pero cristianamente resignados y acatando la voluntad de Dios.

Hablé con Josefina y las lágrimas afloraron a sus ojos enrasando los párpados pero sin llegar a derramarse. Sólo vi llorar abiertamente a Marina con un llanto digno del que apenas trascendía un sollozo. Siempre he admirado este saber estar ante el dolor, recatándolo para no contaminar a los demás con las penas propias.

El sol, ajeno al luto de la ciudad, siguió su curso y abrasaba las calles mudéjares de la Judería en la hora de la siesta. Trochamos entonces por la Puerta de Almodóvar, camino de San Nicolás y, sudorosos, llegamos a la iglesia atravesando la plaza donde estuvo su antiguo cementerio. Ni siquiera los gruesos muros del templo fernandino eran capaces de guarecernos del calor. Este seguía siendo sofocante en el interior de la iglesia, repleta como estaba por los muchos cordobeses que habían acudido a tributar su último homenaje al amigo, al compañero, al maestro, al hombre cabal, que se hizo acreedor del cariño y el respeto de cuantos tuvimos la fortuna de conocerlo.

Vi bajo el arco toral el ataúd con los despojos mortales de don Juan, purificados ya por el dolor de los últimos meses, y sentí alivio de no saber hasta qué extremo se había cebado en él la enfermedad. Gracias a Dios podía recordarlo tal como lo conocí siempre: solemne, ceremonioso, sentenciando con el acierto de los sabios y derrochando dignidad en todas sus actuaciones.

Concluía aquí la trayectoria vital de un hombre esencialmente bueno, paradigma de pundonor —¡Cómo nos conmovía verlo acudir a las sesiones académicas acompañado de sus hijos cuando ya no podía valerse por sí solo!— y caballero siempre. El dolor de la separación cerraba el último capítulo de una vida larga y fecunda, consumida en el ara de la Cultura, consagrada a «dar de saber» a todos los cordobeses ávidos de conocer su pasado, sin buscar otra recompensa que la satisfacción de servirlos. No es extraño que Córdoba entera con su Alcalde en funciones a la cabeza macizara las naves de San Nicolás de la Villa.

Pero, don Juan, que amó con ansia esta ciudad, no olvidó nunca su pueblo natal, Fernán Núñez. Allí concluyó, mediada ya la tarde, su último viaje. A cada cual lo suyo y también a la tierra hay que darle lo que le pertenece.

A pique de fundirse en el crisol de la Campiña calcinada, doblaban las campanas de Santa Marina de Aguas Santas convocando a los paisanos del difunto a su entierro. La plaza de la iglesia —orientada a poniente— se me antojó el horno del

martirio de la virgen gallega cuando saludé al Alcalde de la población. Al iniciarse el cortejo fúnebre, tras la Misa, languidecían las orquídeas y las rosas en las coronas.

El sol, nuestro compañero inseparable en este día de luto, nos siguió hasta el cementerio, donde ya estaba abierto el panteón familiar en un patio limpio, blanco, primorosamente cuidado y no exento de atractivo. El eco de las voces de los enterradores nos llegaba desde el interior del mausoleo envuelto en el misterio y el frescor grato, con olor a greda húmeda de los sótanos de mi tierra, que tanto me atraían de muchacho. No cabe duda de que todo, hasta el rostro airado de la muerte, se torna más humano en los pueblos. Sólo el sol era también allí inmisericorde y no dejó de fustigarnos mientras duró la inhumación.

Salí con él de Fernán Núñez —ya lo he dicho— y me acompañó hasta Córdoba. Lo vi por última vez cuando bajaba la cuesta del Espino. Ello no obstante, el bochorno arreció al entrar en la ciudad, que ya había encendido sus candelas para recibir a la noche. Muchos de los vecinos del Sector Sur que llenaban las terrazas de la Avenida de Cádiz, ajenos probablemente a la muerte de don Juan, estarían hablando, a buen seguro, del sol de San Pedro y sus secuelas. Pero éste, pese a su arrogancia, ya era historia pasada; en pocas horas la brisa del alba borraría definitivamente sus huellas y con ella nos llegaría otro sol, aún más prepotente, que habría de dejar pequeños sus desafueros.

No es tan fácil, sin embargo, que otro hombre pueda llenar el vacío que nos deja la ausencia de don Juan Gómez Crespo y, mucho menos, el borrar su memoria. Los que lo conocimos lo extrañaremos siempre y jamás olvidaremos que, en vida, repartió a manos llenas lo mejor de sí mismo y preservó el preciado tesoro de sus libros para legárnoslo a su muerte. Ha sido su voluntad —así me lo manifestó su hijo Alfonso cuando volvíamos del cementerio— repartir su biblioteca entre su pueblo y su Academia o, lo que es lo mismo, entre sus dos patrias, Fernán Núñez y Córdoba, porque el patrimonio de nuestra centenaria Institución no es sino parte del patrimonio de Córdoba y está al servicio de los cordobeses.

Don Juan ha muerto pero vivirá siempre entre nosotros. ¡Pobre sol de San Pedro!, pretendió eclipsar el dolor con su fuego dorado y terminó perdiéndose sin pena ni gloria en las sombras de la última noche de junio. Apenas han pasado unos meses y ya nadie habla de él. Si hoy lo hemos recordado en esta crónica, ha sido sólo porque le tocó iluminar el día en que enterramos a don Juan. Sólo por él habrá de perdurar en el recuerdo.

EL PROFESOR GÓMEZ CRESPO Y LOS CRONISTAS OFICIALES

JOAQUÍN CRIADO COSTA
ACADÉMICO NUMERARIO

El colectivo de Cronistas Oficiales de esta provincia es un colectivo todavía joven, que acaba de cumplir las Bodas de Plata de su existencia.

Y desde el primer momento contó en el Prof. Gómez Crespo con uno de sus más firmes bastiones o baluartes, no sólo porque nació de y en esta Casa como sección especial de Cronistas Locales de la Real Academia, siendo él Secretario de la Corporación, sino porque por su formación científico-histórica, a él acudieron los Cronistas siempre que necesitaron su orientación, su magisterio o la supervisión de sus trabajos.

En el ya algo distante 1969, en que se creó la sección especial, Gómez Crespo, aunque en la oscuridad de un segundo plano, jugó un importante papel de asesoramiento y arribada a buen puerto de la nueva sección. Había comprendido perfectamente la importancia de que los escasos Cronistas Oficiales de entonces estuvieran organizados y coordinados, con la Real Academia como base de operaciones de investigación.

Por eso cuando el 23 de abril de 1970 se reunió por primera vez un grupo de Cronistas en la sede de la Diputación Provincial, presididos por el Profesor Castejón como Director de la Academia y por D. Miguel Manzanares como Vicepresidente de la Corporación Provincial, allí estaba D. Juan Gómez Crespo como fedatario de la constitución de la sección académica especial de Cronistas Locales. La Secretaría de la Sección recayó desde entonces en el Cronista de Puente Genil, hoy desaparecido, D. José Arroyo Morillo.

Pero Gómez Crespo continuó vinculado a los Cronistas. Asistió a las reuniones anuales de Cabra, Puente Genil, Baena, Córdoba, Priego, San Sebastián de los Ballesteros, Fuente Obejuna, Iznájar y Pozoblanco en los años inmediatamente posteriores. En Cabra dio cuenta de los buenos resultados de una consulta promovida por la Real Academia sobre bibliografía provincial, en la que habían prestado su colaboración los Cronistas, completando la tarea llevada a cabo en tal sentido por el ilustre Académico Don José Manuel Camacho Padilla. En Puente

Genil completó los resultados de dicha encuesta. En Baena leyó un trabajo sobre tres baenenses insignes cuyos retratos figuraban en el Real Colegio de la Asunción de Córdoba: el pintor Diego José Monroy, Manuel M.^a Pineda de las Infantas (de los Reales Consejos de Su Majestad) y Telesforo Monroy Calvo (Preceptor de Latinidad y Profesor de Amador de los Ríos y de Sanz del Río). En Córdoba habló de la vida y de la obra de Luis M.^a Ramírez de las Casas-Deza, cuyo centenario se cumplía en el año 1974. En San Sebastián de los Ballesteros presentó una comunicación titulada "Rasgos peculiares de San Sebastián de los Ballesteros, en la colonización andaluza de Carlos III". En Córdoba en 1979, otra sobre "El historiador Jaén Morente". En Iznájar habló sobre "Iznájar en la Geografía y en la Historia". En Pozoblanco, siendo ya Director de esta Real Academia, intervino para resaltar el éxito, continuidad y perseverancia de las reuniones anuales de Cronistas, iniciadas doce años antes.

Allí, en la ciudad pedrocheña, quien esto escribe fue elegido Presidente de la sección de Cronistas Locales por unanimidad y benevolencia de sus compañeros, recibiendo la felicitación de Don Juan Gómez Crespo, quien siempre contó con nuestra colaboración más eficaz y nuestro afecto más profundo.

Después de la supresión de la sección de Cronistas y de la creación de la Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales, a cuyo frente me pusieron mis compañeros y en él continué por su voluntad, Gómez Crespo siguió asistiendo a las reuniones anuales y estuvo presente en las de Zuheros, Lucena, Almedinilla, La Victoria, Villaralto, Fuente Tójar y Córdoba. En Zuheros presentó una comunicación sobre "La más reciente bibliografía zuhereña" y fue la última reunión en la que intervino públicamente, así como la de Córdoba, celebrada en las instalaciones del diario provincial, fue la última a la que asistió. Su estado de salud no le permitió seguir acompañándonos por los caminos y los pueblos cordobeses, cosa que le gustaba sobremanera. No fueron pocas las veces que hicimos juntos los viajes. Aún recuerdo el realizado en autocar de esta ciudad de los califas a Villanueva de Córdoba, desviando la ruta por Villaharta y Obejo a petición suya con el único fin de recorrer unos caminos para él desconocidos. O el que hicimos los dos, en mi automóvil, con los mismos puntos de partida y destino, pero por Villafranca y Adamuz, porque deseaba comprobar con sus propios ojos el impacto ecológico producido por las obras de construcción del camino de hierro para el tren de alta velocidad. Como detalle del viaje, no he olvidado que hablamos de la obra poética del Cronista pozoalbense Hilario Ángel Calero, fallecido unos años antes, y cuyos poemas confesaba leerlos con gusto, al mismo tiempo que tenía la firme convicción de que era un fino e inspirado poeta. En Villanueva merendamos a base de café con rosquillas jarotas, con las que quise obsequiarle. Y le gustaron tanto, que pidió que le prepararan algunas más para que Josefina, su esposa y compañera de toda la vida, las probara.

Porque así era este hombre bueno al estilo machadiano que se llamó Juan Gómez Crespo, del que tanto y tan bien ha hablado siempre su gran amigo y compañero el investigador y Académico de la Historia D. Antonio Domínguez Ortiz. No tuve la suerte de ser su alumno, por lo que de él cuentan sus discípulos, pero sí su amigo.

Un día me cupo el honor de solicitar para él la Medalla del Instituto de

Academias de Andalucía, que le fue concedida por unanimidad de las veinte Academias andaluzas, Medalla que le impuso en este mismo salón el Excmo. Sr. Consejero de Educación y Ciencia.

Su recuerdo en las Academias andaluzas, como entre los Cronistas cordobeses, aún está presente y lo estará por mucho tiempo.

NECROLÓGICA DE DON JUAN GÓMEZ CRESPO

JOSÉ M.^a OCAÑA VERGARA
ACADÉMICO NUMERARIO

Tuve la suerte de conocer a don Juan Gómez Crespo con motivo de una visita que la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba hizo a la ciudad de Baena. A los postres del almuerzo ofrecido por el Ayuntamiento, presidido a la sazón por don Manuel de Prado Santaella, intervinieron, entre otros, don Dionisio y don José María Ortiz Juárez, don Juan Morales Rojas, don Manuel Peláez del Rosal, don Juan Gómez Crespo y don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, que puso brillante colofón a tan solemne acto.

Estuve hablando un ratito con don Juan Gómez Crespo, quien me animó extraordinariamente para que asistiera a las sesiones de la Academia, cuando obtuviese el traslado a Córdoba.

Don Juan Gómez Crespo firmó las dos propuestas realizadas a mi favor; primero como Académico Correspondiente en Baena y posteriormente en Córdoba. Igualmente presidió el acto en que tomé posesión de mi plaza como Numerario.

En los numerosos viajes culturales programados por la Academia, Amigos de los Castillos y Cronistas, tuve la gran satisfacción de conversar con don Juan Gómez Crespo, quien siempre me sorprendió por su honda sabiduría que contrastaba, ciertamente, con su extremada modestia.

Hombre de continuas lecturas, logró reunir una extraordinaria biblioteca sobre los más diversos campos temáticos, aunque predominaran los concernientes a las ciencias históricas y jurídicas.

El me explicó cómo el celebrado filósofo Xavier Zubiri, ordenado sacerdote para dar satisfacción a su madre, fue reducido posteriormente, a petición propia, al estado laical. Tras la muerte de su amantísima madre, Xavier Zubiri presentó a las autoridades eclesiásticas un escrito, conservado secretamente en una notaría, en el que mediante versos acrósticos, exponía que había recibido las órdenes sagradas sólo con el fin de dar cumplida satisfacción a su madre. Fallecida ésta, y no existiendo en él la pertinente vocación, creía muy conveniente renunciar a su

estado y abrazar la condición laical.

Don Juan Gómez Crespo supo juzgar con la máxima ecuanimidad a las más destacadas figuras nacionales e internacionales. Sus juicios sobre las más oscuras etapas de la historia de España eran siempre certeros y justos. Admiraba el liberalismo de Marañón, en quien destacaba su profunda rectitud moral y política, su entrega total al trabajo y su enorme capacidad para dejarnos libros históricos de imprescindible lectura.

En José María Pemán distinguía sus profundas creencias cristianas, manifiestas palmariamente con motivo de la puesta en escena de su obra *El Divino Impaciente* en una época marcada por cruentas manifestaciones antirreligiosas.

También me habló varias veces de su admiración por Julián Marías, en quien destacaba la mesura de gran pensador. Su independencia casi provocativa y su lucidez sin concesiones habían coadyuvado muy positivamente para que se convirtiera, tras la muerte de Ortega y Gasset, en guía de los españoles. Igualmente, me habló de su total oposición a las escuelas historiográficas marxistas o a las que pretendían convertir la historia en pura estadística. Para él, siguiendo el ejemplo de Julián Marías, lo más sustancial de la Historia es el protagonismo del hombre en toda su realidad; la virtualidad del individuo diferenciado en el acontecer histórico dentro de una concepción totalmente cristiana.

Don Juan Gómez Crespo fue un auténtico humanista por la amplitud de sus saberes, por su dedicación total a la enseñanza y por el ejemplo de honestidad que dio en todo momento.

Siempre recordaré entrañablemente aquellos paseos en los que tuve la gran suerte de acompañarle, enriqueciéndome con su lúcido saber.

Que estas palabras sean el humilde homenaje que yo rindo con el máximo afecto a un hombre sencillo, bueno y trabajador.

DON JUAN GÓMEZ CRESPO Y FERNÁN-NÚÑEZ

PABLO MOYANO LLAMAS
ACADÉMICO NUMERARIO

Excmo. Sr. Director, Sres. Académicos, familiares de D. Juan Gómez Crespo, amigos todos que habéis querido uniros a este acto de homenaje póstumo, obligado según los Estatutos de nuestra Real Academia, profundamente deseado por cuantos sentimos hacia Don Juan por un lado una admiración no fingida, y por otra parte una impagable deuda de gratitud, como es mi caso. Aún está viva en mi memoria aquella mañana de 1969 en que tres miembros de esta Casa, Rafael Castejón, Juan Bernier y Juan Gómez Crespo, se llegaron hasta mi puerta para conocer a un sacerdote joven que había comenzado a publicar cosas sobre el mundo de la Ulía romana, y se atrevía, desde las páginas del diario *Córdoba*, a escribir de lo humano y lo divino, con una libertad un tanto inusitada. Aquellos tres hombres excepcionales se esforzaron desde el primer momento en alentar esa doble faceta de modesto arqueólogo de pueblo y de publicista, metido a cronista y literato. Y ya desde el principio me anunciaron su decidido propósito de proponerme como miembro de la Real Academia, asistiendo después en el mismo Montemayor –cosa rara– a la lectura de mi discurso de ingreso como Correspondiente, en el cine de verano, junto a las murallas del castillo ducal de Frías. Años más tarde, por empeño suyo y benevolencia de todos los Numerarios, se me concedería el honor de subir el máximo peldaño en esta Corporación. No podía faltar mi modesta aportación en este homenaje, que expresa bien a las claras la estima y el aprecio que siempre despertó la noble figura de Don Juan Gómez Crespo, caballero de los pies a la cabeza, cristiano de cuerpo entero, investigador incansable, maestro singular al que Córdoba y Andalucía jamás podrán olvidar. Y menos Fernán-Núñez.

Fernán-Núñez fue su patria chica. Allí vino al mundo el 26 de julio de 1910, es decir cuando su padre, Alfonso Gómez, sudaba a mares en la recolección de las cosechas, y su madre, Dolores Crespo, llevaba el peso de la casa, de la noble casa solariega de la calle Angel Espejo. Era la suya una familia de nobles raíces, de profundas convicciones cristianas, forjada en el duro yunque del trabajo constan-

te y de la virtud acrisolada. De su madre aprendió las primeras oraciones y la vivencia cristiana en aquella imponente parroquia de Santa Marina, donde sus antepasados tenían una capilla, la de San Francisco, adonde acudían con puntualidad exacta todas las semanas para beber la doctrina y la gracia de los sacramentos. En Fernán-Núñez aprendió a rezar y en Fernán-Núñez aprendió sus primeros conocimientos en un convento de monjas que había junto a la primitiva ermita de la Vera Cruz. De allí pasa a otra escuela dirigida por un sacerdote llamado D. Pedro. Pero sería un maestro inolvidable de quien recibiría sus mejores conocimientos, hasta dejar la escuela: Don Alvaro Cecilia Moreno. Y allí en Fernán-Núñez, de la mano de su padre se despertaría en él el cariño sentido al campo. De la mano de su padre él —y todos sus hermanos— no desaprovecharán la ocasión para ir al cortijo que les daba el pan y una nada despreciable situación económica. Y también de la mano de sus padres comenzó a sentir desde pequeño el amor a la villa de sus mayores, de cuyo palacio, ermitas, fuentes, plazas, parroquia, veredas, cortijos, tradiciones, él se sentiría orgulloso toda la vida.

Gómez Crespo, muy pronto, con doce años, deja la villa durante el curso, para estudiar en el Colegio Salesiano de Córdoba, después en el Instituto General Técnico, más tarde de la Universidad de Sevilla donde estudiara Filosofía y Letras y Derecho, junto a nombres de primera categoría intelectual, que no es preciso repetir, porque ya otros lo han hecho. Pero esta lejanía de su villa natal, no sólo no le hizo olvidarse de ella, sino que más bien la nostalgia despertó en él una añoranza y un afán de regreso que le hacía volver siempre que la ocasión se presentara, desde Córdoba, Sevilla, Madrid, donde, en la Universidad Complutense, obtiene la licenciatura en Historia.

Terminada la carrera de Filosofía y tras las oposiciones, D. Juan deja temporalmente Fernán-Núñez, para impartir sus clases en Nerva, Guadix, Cádiz y por último Córdoba desde 1941. Pero ya antes, y ante los problemas gravísimos que sufría España, la familia Gómez-Crespo se ve forzada a dejar la villa natal, para trasladarse definitivamente a Córdoba. Esto ocurría en 1936, en el año de la Guerra Civil Española. Pero desde la capital seguían llevando el campo, y de siempre mantuvieron abierta la casa solariega de la calle Angel Espejo.

Cuando a Don Juan le llega la hora de contraer matrimonio, clava sus ojos en una hija de Fernán-Núñez, también de nobles raíces y de profundas vivencias cristianas: Josefina López, hoy gracias a Dios viva, y presente entre nosotros.

Otras plumas, con más experiencia y más categoría que la mía, deshojan hoy en este homenaje las mil facetas de la vida de Gómez Crespo. Por eso —ya para no cansar— me ciño al título de este comentario: Gómez Crespo y Fernán-Núñez. Como muy bien dice el ilustre compañero de D. Juan, Académico de Real de la Historia e Hijo Predilecto de Andalucía, Don Antonio Domínguez Ortiz, “Gómez Crespo es un raro ejemplo de persona que cultivando amplias relaciones, que habiendo extendido su curiosidad intelectual por Andalucía y España entera, que ha viajado repetidas veces por el ancho mundo, sin que estas experiencias y contactos le hayan hecho perder sus raíces locales, ni disminuir su carrera profesional y científica”. Así es. Su entrega a la cultura, su labor docente, su asentamiento definitivo en Córdoba —donde se casa en la parroquia de San Nicolás en 1945— no le hicieron perder lo más mínimo el calor por el terruño, por la noble

villa ducal de Fernán-Núñez, a la que ha llevado muy en el corazón y en el alma, hasta el último momento de su vida.

Fruto de esa constante preocupación por su pueblo es la ingente cantidad de trabajos históricos salidos de su pluma y que tienen por objeto desvelar alguna parcela de esa misma historia. Y esto desde los primeros años de sus interés por la Historia.

Gómez Crespo no desperdicia una sola ocasión para resaltar algún aspecto de la historia de Fernán-Núñez. En cuantas ocasiones la corporación municipal solicitaba su colaboración allí estaba él dispuesto a trabajar. Fue pieza clave para la declaración del palacio como monumento histórico-artístico, y participó activamente en la cesión del mismo al Ayuntamiento, para que sirviera al pueblo.

Desde hace más de cincuenta años era constante su colaboración en la formidable revista de feria, sin duda una de las mejores editadas en toda Andalucía, por la altura de los trabajos históricos y literarios. Baste reseñar algunos de los muchos trabajos salidos de su pluma:

1944: "Principales etapas del desarrollo de Fernán-Núñez".

1957: "Hacia el mejoramiento cultural de nuestro pueblo".

1972: "El palacio ducal de Fernán-Núñez y su interés histórico-artístico".

1973: "Evolución demográfica y emigración".

1975: "Fernán-Núñez hace siglos".

1976: "Dos escritores vinculados a Fernán-Núñez vistos por Don Juan Valera".

1977: "Un pronunciamiento carlista en Fernán-Núñez".

1980: "Los estilos artísticos en la iglesia de Santa Marina de Fernán-Núñez".

1981: "El VI Conde de Fernán-Núñez y Don Juan Valera".

1982: "El aprovechamiento de tierras en Fernán-Núñez".

1983: "La iglesia parroquial de Santa Marina".

"Aportación a la historia de Fernán-Núñez, una propuesta de 1919".

Y... ¿cuál era la opinión que tenía Don Juan de su pueblo natal? En la revista de feria de 1979, y en el espacio "Hombres de Fernán-Núñez", Antonio Garrido Hidalgo le hace una entrevista. Para Don Juan "es un pueblo en el que he visto siempre una gran hermandad con un sentido igualitario que no se da en otros pueblos, y esta solidaridad se nota en muchos momentos como por ejemplo en los entierros donde todo el mundo se solidariza". Y habla de sus muchos amigos, "que siempre los he conservado". Sus mejores recuerdos eran la Semana Santa, el día del Corpus que tenía una gran vivencia con el retablo en la fachada del palacio y las porras de juncia que los muchachos hacían estallar".

Habría todavía mejores recuerdos para Don Juan Gómez Crespo. Fernán-Núñez no es un pueblo que honra a sus hijos ilustres cuando han dejado este valle de lágrimas.

En 1980 el Club Roma le concede la medalla de oro.

En 1985 el Ayuntamiento de Fernán-Núñez, su Corporación entera, el día 23 de junio, lo nombra "Hijo predilecto de la villa" y le concede también la medalla de oro. Fue sin duda alguna la jornada más entrañable, más emotiva para Gómez Crespo, que apenas pudo responder a las distinciones, embargado por la emoción y la gratitud. El alcalde leyó ante todos previamente los acuerdos del Ayuntamiento, e hizo historia de las razones que los habían movido, respondiendo a un

deber de justicia y de gratitud hacia quien tan alto había puesto con sus escritos y su figura el nombre y el prestigio de su villa natal.

Todavía Don Juan prestó otros servicios a Fernán-Núñez. Aceptó ser pregone-ro de su Semana Santa, esa de la que según sus palabras, tantos y tan buenos recuerdos le habían proporcionado.

El, y toda su familia, movidos por un sentido cristiano y social, cedieron la casa solariega para que en ella funcionase una escuela-hogar, que recogiera los niños del campo, y los que por razones familiares necesitaban vivir internados. Y el último paso de altruismo —ya suprimida la escuela-hogar— ha sido destinar la casa de sus padres para transformarla en una “Residencia de Ancianos”, a fin de que los hijos de Fernán-Núñez no tengan necesidad de ausentarse de su pueblo para vivir los últimos años de su vida en ambientes desconocidos, alejados de sus costumbres y del calor familiar y de los amigos.

En resumen, Don Juan fue un enamorado de su pueblo, un hijo orgulloso de sus raíces, de su historia, de sus tradiciones, de sus gentes, a las que siempre sirvió con admirable entrega, hasta que Dios le dio fuerza e inteligencia. Y en resumen también que Fernán-Núñez supo ver en Don Juan a un hijo ilustre, a un hombre íntegro, intelectual nato, un hombre al que su vasta cultura no le hizo jamás subirse a la parra del orgullo, sino que vivió con la sencillez y grandeza de los que nunca miran por encima del hombro, ni se apuntan a ningún desfile triunfal, a pesar de sus impagables servicios al desarrollo cultural de Córdoba, de España y de su patria chica. Fue noble, incluso en el sufrimiento, que tampoco fue pequeño.

Sólo me resta expresar mi gratitud a su esposa, sus hijos, a Fernando Serrano, por su espléndida y cordial colaboración prestada para estas notas. Y desear que su ejemplo nos estimule a todos. El ha muerto pero el magisterio de los hombres grandes traspasa la frontera de la vida y se proyecta como una luz en nuestro camino.

DON JUAN, MI MAESTRO

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
ACADÉMICO NUMERARIO

Mi participación en la sesión de esta noche, quizá esté teñida por la nostalgia; es posible que resulte influída por el reconocimiento y la gratitud y, ciertamente, parecerá motivada por el cariño; de ninguna manera me gustaría que fuera considerada como una mera cortesía académica.

Se han expuesto y se seguirán exponiendo a lo largo de este acto, las distintas facetas de la valiosa personalidad de D. Juan: catedrático, historiador, académico, escritor, promotor cultural, e incluso, jurista; por mi parte, sólo quiero recordarlo hoy como mi maestro.

Para mí, supongo que también para Vdes., ser maestro obliga a mucho; para serlo, no basta con dominar con suficiencia el arte, la ciencia o el oficio de que se trate y, ni siquiera, es suficiente, saber enseñar dichos conocimientos. Maestro es aquél, que, además, alcanza a transmitir una forma de ser y actuar, un especial talante, determinado por un conjunto de virtudes como pueden ser el equilibrio espiritual, la ponderación y la mesura. Así pues, en palabras de un célebre político francés, "...no se enseña lo que se quiere; no se enseña lo que se sabe; se enseña lo que se es...".

Esto enseñó D. Juan a lo largo de 45 años, en Nerva, en Guadix, en Badajoz, en Cádiz y en Córdoba. Tuve la fortuna de ser su alumno durante el bachillerato, en una época en la que, prácticamente todos los profesores que componían el claustro del Instituto de Enseñanza Media de Córdoba, poseían una calidad humana y una altura intelectual, difícilmente superables. De entre ellos, he de considerar a tres, como los maestros que influyeron de manera más marcada, en mi formación: D.^a Luisa Revuelta, D. Juan Tomás Farret y D. Juan Gómez Crespo.

Él me enseñó a amar la historia para siempre y con el discurrir del tiempo, pude constatar que en aquellos años cincuenta, era ya un adelantado en la enseñanza de la historiografía moderna. Él valoraba y exponía contextos más que detalles, subordinando lo accesorio, como, por ejemplo, nombres y fechas, al

concepto claro y preciso sobre épocas o civilizaciones; su discurso era más profundo que extenso; más concentrado y sobrio, que adornado y disperso; al relatar cualquier hecho histórico, trazaba previamente, de manera sucinta pero enjundiosa, el marco social en el que aquél se desarrollaba, intentando así, explicarse y explicarnos su auténtica razón de ser; en suma, creaba el adecuado ambiente para que el alumno pudiera revivir la historia. Muchos años después, yo leería en Ortega y Gasset, que la historia "...consiste, precisamente, en el intento de dar reviviscencia, de volver a vivir imaginativamente, lo ya sido. La Historia tiene que dejar de ser una exposición de momias y convertirse en lo que, verdaderamente es: un entusiasta ensayo de reviviscencia..."

Así era la historia que me enseñó D. Juan y que, mucho más tarde, por extraños avatares del destino, intentaría yo transmitir en mi etapa de profesor de Historia de la Medicina... Para mí, cada vez que acometía cualquier relato histórico, recordaba junto a las recomendaciones y dictados de reconocidos historiadores, generales y médicos, como Toymbee, Sigerist, Huizinga, Américo Castro, Bauer, Laín o Sánchez Granjel, aquellas clases de historia en el Instituto, en las primeras horas de la tarde.

Bastante después, cuando me enfrenté a la elaboración de mi Tesis Doctoral, que versó sobre Historia de la Medicina, volví a buscar su magisterio hallando siempre en él, la ayuda solicitada: el atinado consejo, la oportuna reseña bibliográfica, incluso, algunas importantes fuentes manuscritas.

Por fin, también D. Juan sería mi introductor en esta Real Academia; él me invitó a sus sesiones y me propuso, sucesivamente, para colaborador, correspondiente y académico numerario. Y en esta casa siguió significando para mí, el maestro del que aprender y el ejemplo al que imitar. Sin pretender caer en el fácil elogio o en el ditirambo, creo sinceramente, que la figura de D. Juan, polifacética y entrañable, seguirá siendo durante mucho tiempo, el arquetipo de hombre culto y de cordobés de bien.

Termino ya mi intervención con el inusual atrevimiento por mi parte, de recitar un soneto, compuesto en su honor, seguramente escaso de calidad, aunque, eso sí, sobrado de sinceridad y estima. Dice así:

Enseguida me atrajo su figura,
capté inmediatamente su talante,
su forma de actuar, siempre elegante,
cargada de prudencia y de mesura.

Mantuvo, pertinaz, la compostura,
el bien hacer y ser, fue su constante,
sin ceder en su afán un solo instante
hubo en su vivir, buena ventura.

Y toda su brillante ejecutoria
tuvo, como señal, la buenhomía,
de todos, el mayor timbre de gloria.

Don Juan ya forma parte de la historia
que en él significó noble porfía.
Honremos con respeto su memoria.

DON JUAN GÓMEZ CRESPO Y LAS “NUEVAS POBLACIONES”

RAFAEL VÁZQUEZ LESMES

Estimada familia de D. Juan; queridos amigos y compañeros. Un radiante día de soles sobre las tierras jaeneras en donde los verdes olivares van cediendo paso a las primeras estribaciones del escarpado desfiladero de Despeñaperros. El astro rey cae a plomo sobre el asfalto de la serpenteante carretera nacional que, pasando por La Carolina, unía Córdoba con la capital de España. Acabamos de salir del hotel algunos congresistas para reiniciar las sesiones de la tarde, cuando a lo lejos y por el arcén contemplamos como dos figuras humanas, aún no perfiladas, caminando pausadamente, se acercan hacia nosotros. Esperamos ansiosos para identificarles. Cual no sería nuestra sorpresa al encontrarnos ante D. Juan y D.^a Josefina, quienes por no perderse ningún evento del Congreso sobre Nuevas Poblaciones que se estaba celebrando en aquel pueblo carolino, habían tenido que embarcarse desde Córdoba en La Sepulvedana y apearse en la parada y cruce próximos y desde aquí, por sus propios medios, hasta la residencia hotelera, a fin de no molestar a nadie, como declaró posteriormente ante los que le recibimos.

Aquella escena, ocurrida ya hace casi una década, quedó grabada en mi mente y la rememoro ahora con singular cariño hacia la figura del gran hombre que hoy homenajeamos. Y la recuerdo estimando los valores que de ella se extraen, en una doble vertiente. De un lado, la férrea voluntad manifestada siempre en conseguir sus metas, aunque éstas le exigiesen esfuerzos desproporcionados a sus ya menguadas reservas físicas. Por otro, su amor y entrega a uno de los temas que como investigador de la Historia mostró más cariño y fervor: el de las Nuevas Poblaciones mandadas fundar por nuestro gran rey Carlos III.

Sobre este particular voy a tratar de glosar brevemente esa parcela de la dedicación intelectual de D. Juan, enmarcada dentro de su vocación de historiador, pues de otras virtudes, como su hombría de bien, humildad, sentido de la equidad, respeto a los demás, cortesía y exquisito trato, en resumen, su bonhomía, se encargarán de exaltarlas a continuación dignos representantes de esta docta Casa, no obstante de poseer constancia el que os habla de muchas muestras de ello.

Su atracción como investigador a un mejor conocimiento del proceso colonizador carlotercerista, le venía de lejos, quizá un tanto influido por la proximidad de las Nuevas Poblaciones andaluzas a su tierra natal. Pero dejando atrás sus primeras manifestaciones en este orden, nos hemos de fijar como hitos culminantes de esta su dedicación a la temática enunciada en tres eventos para mí trascendentes en el desarrollo de los estudios de la colonización. En primer lugar, la organización de la “Semana de Estudios sobre la Colonización Andaluza de Carlos III” que, en 1967, proyectó y llevó a feliz término la Real Academia de Córdoba, en colaboración con la Asociación de Derecho Agrario. Su aportación al desarrollo de las sesiones celebradas, así como a las visitas efectuadas a los núcleos de colonización, a la erección del monumento conmemorativo de los actos, levantado en honor del rey Carlos III —¡cuántas anécdotas le oí contar sobre los avatares relativos a su creatividad y financiación!— y la dedicación de un boletín monográfico consagrado a recoger todas las ponencias expuestas, reflejan el interés y el tesón empeñados por la persona que por entonces ostentaba la secretaría de la Real Academia. De tal manera que, visto con la perspectiva del tiempo, se puede considerar no sólo como el “alma mater” de aquellas jornadas, sino que, con este precedente, se erigiría en el potencial motor capaz de proporcionar los impulsos necesarios para que fuesen posibles los siguientes congresos sobre Nuevas Poblaciones.

Transcurridos veinte años, ostentando ya el cargo de Director de esta docta Casa y con ocasión de la conmemoración del segundo centenario de la muerte de Carlos III, se acordó celebrar esta efemérides en La Carlota, haciéndola coincidir con la inauguración del III Congreso Histórico sobre Nuevas Poblaciones. Para dicho acto se formó una comisión presidida por D. Juan y de la que formamos parte D. José Cosano Moyano y el que os habla. El éxito fue rotundo, pues contó con la asistencia de altas autoridades autonómicas y de la provincia, así como de un elevado número de congresistas y de todos los alcaldes de estos nuevos núcleos surgidos bajo el mecenazgo del gran monarca borbónico. Aún resuenan en mis oídos las temblorosas palabras, aunque llenas de calor, de D. Juan, pronunciadas ante el monumento en el que veinte años antes había puesto sus afanes, ensalzando la figura de aquel gran rey y de sus ministros ilustrados.

Por último —y para mí la mejor aportación que realizó D. Juan a esta temática— su estudio específico de investigación dedicado a las Nuevas Poblaciones, incluido en la Historia de Andalucía, dirigida por su entrañable amigo y compañero, D. Antonio Domínguez Ortiz. Creo que nos encontramos ante uno de los mejores trabajos de síntesis de los hasta ahora publicados sobre la colonización. Su abundantísima base documental; sus análisis de la situación; su conocimiento histórico del período y la exhaustividad de sus datos, lo hacen de imprescindible consulta para todos los que nos dedicamos a esta parcela de la investigación histórica.

¿Se termina con los acontecimientos narrados la dedicación de D. Juan al tema de las Nuevas Poblaciones? Radicalmente, no. Su asistencia a todos los actos, su incorporación a las comisiones organizativas de los distintos congresos a título personal y como Director de la Real Academia, su participación en coloquios y la posesión de una amplísima, rica, variada y rara bibliografía, de la que poseo

tantas muestras gracias a su generosidad, componen un más que lucido elenco de sus conocimientos y actividades en este ámbito.

Muchos y entrañables recuerdos me abruman en esta noche la memoria sobre la persona que, por azares de coincidencia en los mismos campos de investigación, me mostró su cariño, sus atenciones y su amabilidad, en cuantas ocasiones tuve que recurrir a su consejo y ayuda. Por todo ello, en mi mente permanecerá indeleblemente grabada la añoranza de sus pautas de comportamiento, paradigma a imitar por todos aquellos que deseen dejar sembrado su campo vital de esas virtudes que siempre fueron una constante en los modos de actuación de D. Juan.

DON JUAN GÓMEZ CRESPO Y LOS CRONISTAS

MANUEL MORENO VALERO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Conocí a D. Juan Gómez Crespo en esta docta casa, cuando él era Secretario de la misma. Todos conocemos su acendrado espíritu religioso infundido en el ambiente familiar y potenciado en la niñez en su educación salesiana de la que siempre hizo gala y se ufanó. Llevaba a gala llamarse antiguo alumno salesiano y por eso cuando se cumplió el centenario de la presencia salesiana en España él, como Director de esta Academia, programó una sesión extraordinaria para celebrar tan fausto acontecimiento y en su intervención expresó, una vez más, su eterno agradecimiento a la familia salesiana por el bien que le había proporcionado.

Sin duda alguna que, dado en D. Juan un sentimiento religioso muy profundo y por otro lado mi condición de sacerdote, siempre me ofreció su aprecio personal y distinción afectiva que yo captaba en cada conversación mantenida con él. Prueba de ese afecto entrañable que me profesaba, en el momento oportuno su firma era una de las tres que avalaron la propuesta de mi nombramiento de Académico Correspondiente.

Hoy, en esta sesión necrológica que celebramos en su honor, quisiera resaltar su apoyo moral y su presencia física de manera activa en todas las reuniones que cada año celebramos los Cronistas, en fecha cercana al 23 de abril, muerte de Cervantes y Día del Libro.

Cuando se instituyó la Sección de Cronistas Oficiales dentro de la ilustrada y centenaria institución de la Real Academia, Don Juan Gómez Crespo era Secretario de la misma. Aunque la idea siempre se le ha atribuido al ilustre prócer de la cultura cordobesa, D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala, no estaba muy lejos de este nacimiento la persona a quien hoy se dedica la sesión necrológica. Ambos tuvieron rica personalidad, gozaron de un talante abierto, y vivieron siempre ilusionados por descubrir nuevos focos donde irradiara la cultura.

Efectivamente cuando se creó y en la primera Reunión Anual celebrada el día 23 de abril de 1970 en el conventual Palacio de la Merced estaban los dos, junto al

presidente de la Excma. Diputación, D. Miguel Manzanares López.

Repasamos la asistencia a las Reuniones Anuales que los Cronistas Oficiales han celebrado a lo largo de veinticinco años y aparece siempre D. Juan, hasta que, ya imposibilitado por la deficiencia de su salud física, no pudo comparecer con gran sentimiento suyo y una gran carencia para los Cronistas.

Su asistencia no era meramente pasiva como puede ser la de otros muchos que también acuden a ese foro rotativo por la geografía provincial. Le gustaba y solicitaba intervenir en ellas y aportar el resultado de sus propias investigaciones llevadas a cabo. Nunca le vimos leer la comunicación, no sé si por la pereza del intelectual o por manera propia de ser; siempre gustaba sacar de su bolsillo una ficha en la que había escrito la síntesis o sinopsis de lo que pretendía comunicar a la concurrencia, expresándose con libertad durante un espacio que siempre nos resultaba corto para los que embebidos le escuchábamos atónitos y colgados de su palabra.

En la segunda Reunión Anual celebrada en Cabra previamente en el salón de profesores del instituto "Aguilar y Eslava" se recibió como numerario de la Real Academia de Córdoba al Cronista de aquella localidad y entonces presidente de la Sección de Cronistas Oficiales Ilmo D. Juan Soca Cordón.

A continuación y ya dentro de la lectura de comunicaciones de los Cronistas Oficiales, Gómez Crespo dio cuenta de los buenos resultados de la consulta promovida por la Real Academia sobre bibliografía provincial, en la que habían prestado muy valiosa colaboración los Cronistas, continuando así el trabajo emprendido anteriormente por el académico Don José Manuel Camacho Padilla. Gómez Crespo tomó muy a pecho la finalización de este elenco bibliográfico provincial y volvió a tratar del asunto al año siguiente.

El 1 de mayo de 1973, en Baena, presentó una comunicación sobre tres baenenses ilustres cuyos retratos figuraban en el Colegio de la Asunción de Córdoba: Diego José Monroy, Manuel M.^a Pineda de las Infantas y Telesforo Monroy Calvo.

La V Reunión Anual se celebró en 1974 el día 23 de abril en Córdoba en el convento-palacio de la Merced y esta vez Don Juan disertó sobre la vida y obra de Luis M.^a Ramírez de las Casas-Deza, cuyo centenario se cumplía en aquellas fechas.

En Priego de Córdoba vuelve a aparecer el 25 de abril de 1976 pero no interviene. El 23 de abril de 1977 en la nueva población de San Sebastián de los Ballesteros asiste e interviene para hablar de los rasgos peculiares de San Sebastián de los Ballesteros, en la colonización andaluza de Carlos III.

El 23 de abril de 1978 se desplazó a Fuente Obejuna y presentó comunicación pero el secretario en aquella ocasión solo anotó los disertadores y olvidó anotar los títulos de las comunicaciones.

Los Cronistas volvieron a recalar en la capital de provincia pero en esta ocasión el lugar elegido para su sesión de trabajo fue el salón de actos de la Facultad de Filosofía y Letras donde el entonces decano profesor Cuenca Toribio dio la bienvenida y manifestó que la Facultad se sentía muy honrada al albergar a los Cronistas, verdaderos investigadores de la historia, a los que ofreció el concurso del centro para el conocimiento del pasado cordobés. En aquella ocasión

Don Juan disertó sobre el historiador Jaén Morente. En 1980 en Iznájar deleitó a los concurrentes sobre una comunicación con el título "Iznájar en la geografía y en la historia".

Durante su dirección de la Real Academia siguió asistiendo y respaldando a los Cronistas con su presencia y la primera ocasión fue en Pozoblanco. En esta localidad no presentó comunicación alguna pero, sin embargo, sí que habló a los postres del almuerzo de hermandad celebrado en la Casa Liborio exaltando la figura de Juan Ginés de Sepúlveda como modelo de Cronistas, natural de aquella localidad. Poco tiempo después, el 4 de junio de 1981, la Real Academia de Córdoba tomó el acuerdo de suprimir, entre otras secciones, la de Cronistas Oficiales. Dada la experiencia muy positiva vivida durante tantos años los Cronistas determinaron seguir unidos como colectivo y convertirse en una asociación autónoma. Esto se concretó en la reunión celebrada en Zuheros el 25 abril 1982. En aquella ocasión D. Juan Gómez Crespo habló sobre "La última bibliografía zuhereña".

Cuando se presentó el primer libro editado por la Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales *Córdoba en sus Cronistas. Retazos de la historia de la provincia* estuvo presente en los salones del Palacio de Viana y glosó la figura del cronista analizando el arte de la crónica en las diferentes épocas de la historia de España.

Durante el tiempo que ostentó la dirección de la Real Academia de Córdoba ocupó un lugar en la presidencia en todos nuestros encuentros, gesto con que como siempre la Asociación ha querido demostrar su agradecimiento a la Academia por haberle dado vida y haberla traído al mundo hace ya más de veinticinco años.

Los Cronistas de la provincia de Córdoba hemos visto en D. Juan a un padre y a un maestro como hombre de la cultura y como ciudadano ejemplar. No quería que faltara en este acto el reconocimiento público de este colectivo.